



S. LUIS, O. Y C.

zon cante vuestras alabanzas, y os salude con el mismo respeto y con la misma devocion debida á la madre de Dios con que os saludó el ángel Gabriel, cuando os dijo: *Dios te salve, Maria, llena de gracia, el Señor es contigo*; y os diga con el mismo espíritu y con la misma ternura con que os dijo Isabel: *Bendita eres entre todas las mujeres.*»

DIA XIX.

MARTIROLOGIO.

**SAN JULIO**, senador y mártir, en Roma; el cual entregado al juez Vitelio, fué por él encarcelado, y luego de orden del emperador Cómodo fué apaleado hasta que entregó el espíritu al Señor. Su cuerpo fué sepultado en el cementerio de Calepodio en la via Aurelia.

**EL TRÁNSITO DE SAN ANDRÉS**, tribuno, y sus compañeros soldados, en Cilicia; los cuales habiendo alcanzado una milagrosa victoria de los persas, se convirtieron á la fe de Cristo; y siendo acusados por esta causa imperando Maximiano, fueron hechos pedazos en las gargantas del monte Tauro por el ejército del presidente Seleuco.

**SAN TIMÓTEO**, mártir, en Palestina; el cual en la persecucion de Diocleciano, por decreto del presidente Urbano, despues de haber sufrido muchos tormentos, fué quemado á fuego lento.

**LOS SANTOS TECLA Y AGAPIO**, padecieron en el mismo pais: Tecla fué espuesta á las fieras; y despedazada á bocadas, voló á su Esposo: Agapio despues de haber sufrido muchísimos tormentos, fué reservado para mayores combates.

**SAN MAGNO**, obispo y mártir, en Anagni, martirizado durante la persecucion de Decio.

**SAN LUIS**, obispo de Tolosa, del orden de Menores, esclarecido por la santidad de su vida y por sus milagros, en Brignoles en Provenza. Su cuerpo fué trasladado á Marsella, y sepultado honorificamente en la iglesia de los religiosos Menores. (*Véase su historia en las de hoy.*)

**SAN DONATO** (ó **DONADO**), presbítero y confesor, en Francia en una aldea de Cisteron; el cual desde su tierna infancia dotado de maravillosa gracia de Dios, hizo por muchos años vida de anacoreta, y esclarecido por sus milagros murió en el Señor.

**SAN MARIANO**, confesor, en los contornos de Bourges. (*Véase su vida en las de hoy.*)

**SAN RUFINO**, confesor, en Mantua.

**SAN LUIS, OBISPO Y CONFESOR.**

**SAN LUIS**, mas célebre por su santidad y por sus milagros que por su alto nacimiento, fué por su padre sobrino segundo de



S. Luis, rey de Francia, y por su madre sobrino de Sta. Isabel, reina de Hungría. Nació en Brignoles de la Provenza el año de 1271, siendo el segundo hijo de Carlos II, llamado el Gotoso, rey de Nápoles y de Sicilia, y de María, hija de Estéban V, rey de Hungría. En la infancia de Luis nada se notó que oliese á niñez; todo parecía superior á su edad; todo era en él madurez de juicio, tanto su circunspección, como la gravedad de sus costumbres. Nunca tuvieron sus ayos necesidad de hacerle la menor advertencia en orden al cumplimiento de sus pequeñas obligaciones; anticipábase á sus instrucciones por aquella natural inclinación á la piedad con que parecía haber nacido; y prevenia sus lecciones por el amor que profesaba al retiro y al estudio. Los juegos, las diversiones, los pasatiempos, y los demás ejercicios en que ordinariamente se suelen entretener otros príncipes de aquella edad, nunca fueron de su gusto. Su inclinación era á leer los libros espirituales, y mucho mas á la oración. En la corte no solo se miraba con admiración, sino que se llegaba á respetar su modestia. Aquella delicadeza, aquel regalo y aquel amor á los placeres que nacen con los grandes, que crecen con la edad, y que se fomentan en las cortes, donde todo conspira á lisonjear los sentidos y al amor propio, apenas fueron conocidos de nuestro jóven príncipe. Cuando los meninos que se criaban con él iban á jugar, Luis por lo comun se escondia de ellos, para pasar aquel tiempo en su oratorio. Lo mas admirable era, que en medio de las delicias en que se criaban los príncipes de su elevación, Luis se aplicaba á mortificar sus sentidos, y á macerar su inocente cuerpo desde aquella tierna edad.

Tenia solos siete años, cuando no obstante el regalo con que se le procuraba criar, le encontraban muchas veces fuera de la cama y echado en la alfombra que estaba á los pies de ella, movido de un espíritu de penitencia. Así lo testificó la reina su madre, de cuya boca oyó esta particularidad el autor que escribió su vida. Sus paseos se terminaban siempre en alguna iglesia ó en algun convento de religiosos, siendo todo su gusto informarse menudamente de los ejercicios de mortificación y de virtud, que constituían el principal fondo de la vida regular. Nunca consentia que le pusiesen en las iglesias aquellas señales de distinción y de respeto que correspondian á su real nacimiento; porque ni su fe ni su veneración á los altares se acomodaban con semejantes distintivos; y así, aunque le prevenian sitial, alfombras y almohadas, jamás usaba de ellas, y se arrodillaba siempre en la desnuda tierra. Su compostura y su modestia inspiraban modestia y compostura á todos los cortesanos; y solían decir que

para tener devoción no era menester mas que ver al príncipe oír misa.

Ganaba los corazones de todos con su aire, con su apacibilidad y con sus compuestísimos modales. Los criados que componian su casa le llamaban el Angel de la corte; y con efecto, lo era por su rara pureza y por su inocencia. Poseia esta pureza en tan alto grado de perfección, que aun siendo niño, no permitía que mujer alguna entrase en su cuarto. A imitación de Job, hizo pacto con sus ojos de no mirar á ninguna á la cara; y esta delicada virtud, que toda la vida fué la virtud de su cariño, la debió, por singular don, á la Reina de las vírgenes, á quien profesó desde la cuna una tan tierna y encendida devoción, que ya desde entonces se decia, que Luis era el siervo querido y el hijo muy amado de la Madre de Dios. Todos los dias rezaba muchas oraciones en honor de la soberana Reina, y era sin limites la confianza que tenia en esta Madre de misericordia.

Estaba dotado nuestro Santo de un excelente ingenio; y así hizo maravillosos progresos en las letras aun en una edad en que otros niños apenas comienzan á estudiar.

Así brillaba Luis en la corte, tanto por sus raros talentos, como principalmente por su extraordinaria santidad, que tenia tan pocos ejemplares, cuando la divina Providencia quiso ejercitarle en dolorosas pruebas, todas muy oportunas para purificar y para perfeccionar su virtud. El año de 1284, dos años despues de la revolucion general de Sicilia, el rey de Aragon se hizo á la vela para poner sitio á Mesina, y en el camino se dió un combate naval, en que Carlos II, entonces príncipe de Salerno y padre de nuestro Santo, fué hecho prisionero por los aragoneses, tres dias antes que llegase el rey Carlos, su padre, que venia en su socorro con gran número de bajeles. Murió éste pocos meses despues; y el rey Carlos II estuvo cuatro años en prision, de la que salió á instancias y por la negociacion del papa Nicolao IV y de Felipe el Hermoso, rey de Francia, los cuales se obligaron á hacer que Carlos, conde de Valois, renunciase sus derechos á la corona de Aragon, y consintiese en que el papa diese á Jaime de Aragon la investidura del de Sicilia, entregando en rehenes, para seguridad del tratado, á sus tres hijos (uno de los cuales era nuestro Santo) con cincuenta gentiles-hombres. Contaba Luis solos catorce años cuando fué enviado á Cataluña para que se pusiese en libertad á su padre. Esta desgracia solo sirvió para añadir nuevo lustre á su virtud. Siete años pasó Luis en aquella prision en que la dureza del rey D. Alonso el III dió no poco ejercicio á su paciencia. No siempre fué tratado como hijo



de rey. Pero en medio de eso, la alegría de su semblante mostraba bien el espíritu con que recibía aquellos malos tratamientos. Su ejemplo contenía y animaba á sus dos hermanos, y á los otros que estaban en rehenes, que no eran tratados mas benignamente. Creedme (les decia) la adversidad es mas provechosa que la prosperidad para los que hacen profesion de servir á Dios. Nunca le somos mas obedientes, que cuando estamos mas abatidos. La prosperidad embriaga, nos ciega, y nos descamina; da vigor á todas las pasiones, y lisonjeando nuestro amor propio nos hace perder el santo temor de Dios.

No satisfecho con las amarguras de su estado, añadia á los trabajos de su cautiverio muchas penitencias voluntarias. Ayunaba muchos dias de la semana con asombroso rigor; castigaba frecuentemente su cuerpo con disciplinas de alambre, y de ordinario hasta derramar sangre, velando continuamente en la conservacion de su castidad, en cuyo punto era estremada su delicadeza. Jamás consintió que mujer alguna le hablase sin testigos, para prevenir los lazos que le podian armar. Durante la dilatada mansion que hizo en Cataluña contrajo un amor tan particular á los religiosos de S. Francisco, que no se podia separar de ellos; y consiguió en fin de los superiores, que siempre durmiesen dos en su cuarto. Pasaba con ellos en diferentes oraciones la mayor parte del dia y de la noche. Rezaba todos los dias el oficio divino y el oficio parvo, á los que añadia el de la pasion y otras muchas devociones. Confesábase cada dia antes de oír misa, para asistir con mayor pureza y devocion al santo sacrificio; y como tenian por cárcel la ciudad de Barcelona, nunca salia de casa sino para ir á la iglesia ó á los hospitales, donde pasaba horas enteras sirviendo á los enfermos en los oficios mas asquerosos y mas humildes. Pero todos estos ejercicios de devocion y de caridad, no le impedian la mas seria aplicacion al estudio. Tuvo tambien por maestros suyos en las ciencias á los religiosos de S. Francisco, en cuya escuela adelantó mucho en la filosofia y en la teologia, cultivando aquellos hábiles maestros la agilidad de su ingenio, de manera, que se halló capaz de defender y disputar sobre los puntos mas sutiles de la teologia escolástica.

Habiendo caído gravemente enfermo en el castillo de Sura, hizo voto de abrazar la regla de S. Francisco si Dios le restituía la salud: intento ya muy antiguo en nuestro Luis; pero que le tenia reservado dentro de su corazon por no irritar al rey su padre. Ajustado, en fin, el tratado de paz entre su padre el rey de Nápoles, y Jaime II, rey de Aragón, fué puesto en libertad con sus dos hermanos y los demás que estaban en rehenes el año

de 1294. Era uno de los artículos del tratado el casamiento de su hermana la princesa D.<sup>a</sup> Blanca con el rey de Aragón; y para alianzar mas el enlace, resolvieron las dos cortes hacer un doble matrimonio, casando á Luis con la princesa de Mallorca, hermana del rey. Era muy poderosa la tentacion. El rey su padre le prometia dejarle por heredero del reino de Nápoles; puesto que su hermano mayor Carlos Martel, principe de Salerno, estaba ya coronado rey de Hungría, como heredero de su madre Maria, hermana del difunto rey Ladislao. Pero nada de esto fué bastante para hacerle titubear en la resolucion que habia tomado de dejar el mundo; de suerte, que al volver de Barcelona, y hallándose en Mompeller, apuró mucho al provincial de los franciscos, para que le recibiese en la religion Seráfica. No se atrevió el provincial á condescender con sus deseos por no desazonar á su padre el rey de Nápoles. Vióse precisado Luis á pasar á Italia; y estando en Roma resolvió no dar mas oídos á las voces de la carne y sangre. Renunció absolutamente sus derechos á la corona de Nápoles y á todos los demás estados que le podian pertenecer, y se consagró enteramente al servicio de Dios, recibiendo la tonsura clerical. Por esta renuncia quedó el principe Roberto, su hermano menor, heredero presuntivo de la corona; y nuestro Santo obtenido, en fin, el consentimiento del rey, quiso ligarse mas estrechamente al servicio de Dios, y recibió los órdenes sagrados en Nápoles, firme siempre en el intento de cumplir el voto que tenia hecho.

El papa Bonifacio VIII habia visto á Luis al volver de Cataluña, y formó tan superior concepto de su eminente virtud, que desde entonces hizo ánimo de elevarle á las primeras dignidades de la Iglesia. Vacó el obispado de Tolosa á la corte de Roma, por muerte de su obispo Hugo Mascaron, y el papa le proveyó en nuestro Santo, aunque á la sazón solo tenia veinte y dos años, diciendo: Que la virtud y el mérito personal suplían ventajosamente la edad. Fué grande su repugnancia á aceptarle, por el deseo que tenia de vivir en religion y en oscuridad; pero se vió precisado á obedecer al papa y al rey. Obligado, en fin, á admitirle, consiguió que á lo menos le dejasen cumplir antes el voto que tenia hecho de entrar en la religion de S. Francisco, como lo ejecutó en Roma con beneplácito de su Santidad. Hizo su solemne profesion en el convento de Araceli, en manos del P. Fr. Juan de Murro, décimocuarto general del orden Seráfico, la víspera de Navidad del año de 1296; y el mismo dia en que hizo la profesion fué preconizado por obispo. Por contemporizar en algo con el rey su padre,



que no podia sufrir se vistiese el sayal de S. Francisco, se contentó al principio, por consejo del papa, con llevar el santo hábito debajo de la sotana clerical; pero duró poco esta condescendencia. El mismo la condenó, pareciéndole estaba obligado á no avergonzarse de la pobreza de Jesucristo; y arrimando á un lado la sotana exterior, el dia de Sta. Agueda, 5 de febrero del año 1297, atravesó las calles públicas de Roma, los pies descalzos, con un pobre hábito de religioso, ceñido con una grosera cuerda. Quiso consagrarle el mismo papa, dispensándole en la edad para el obispado, como lo habia hecho en la correspondiente para el sacerdocio.

La nueva dignidad solo sirvió para hacer mas visibles su humildad y su mortificacion. Nunca dejó despues el hábito de la orden; su cama, sus muebles, su tren, todo oia á pobre religioso; y aquella ejemplar pobreza en un príncipe tan grande, añadia mucho esplendor á la dignidad episcopal. Partió de Roma para su obispado, sin dispensarse en el viaje en sus acostumbradas mortificaciones. Hospedóse en Sena en el convento de san Francisco, donde quiso ser tratado como cualquiera otro fraile, sin admitir la mas mínima distincion, yendo despues de comer con todos los demás á fregar los platos á la cocina, y no queriendo comer otro pan que el que se habia recogido de limosna. En Florencia no admitió una magnífica celda, que le tenian prevenida y ricamente alhajada, acostándose en una cama ordinaria y comun.

Recibióronle en Tolosa con toda la magnificencia que merecia un príncipe, un obispo y un santo, ganándose desde luego la veneracion y los corazones del clero, de la nobleza y del pueblo. Su aire, su modestia y su dulzura, todo respiraba amor á la virtud, y bastó solo su presencia para que mudase de semblante todo el obispado. Sus primeras visitas fueron á los pobres en los hospitales, y sus primeras atenciones las dedicó á socorrer las familias vergonzosas y necesitadas. Hizose dar cuenta exacta de todas sus rentas; y separando de ellas lo que era absolutamente necesario para su manutencion, mas como pobre religioso, que como obispo, mandó que todo lo demás se distribuyese entre los pobres. Todos los dias comian á su mesa veinte y cinco, sirviéndolos él mismo de rodillas, á ejemplo de su tío S. Luis, como si sirviera á Jesucristo. Estendióse su caridad á los pobres encarcelados igualmente que á los enfermos, visitando á unos y á otros con frecuencia, confesándolos y consolándolos con sus palabras, y despues socorriéndolos con sus limosnas. Ni estas se limitaban precisamente á su obispado y á los

términos del Langüedoc; dilatábanse tambien á la Provenza y á los otros estados del rey su padre, de quien en sola una vez obtuvo la vida de ciento y cincuenta prisioneros de guerra, condenados á perderla. Su solicitud pastoral prevenia todas las necesidades. Visitó luego todo su obispado, y en todas partes dejó pruebas y monumentos de su zelo y de su santidad.

En medio de sus apostólicos trabajos, nada alojó en la exactitud de su observancia ni en el rigor de sus penitencias, antes añadió otras nuevas á las antiguas. Todos los dias celebraba el santo sacrificio de la misa, y cada dia con mayor fervor, que se manifestaba en la abundancia de sus lágrimas. Era tan poderoso en obras como en palabras. Nunca subia al púlpito sin que de resultas se viese alguna insigne conversion, y sin mover á todo su auditorio á una fervorosa devocion con la santísima Virgen. Desmembró el papa de la diócesi de Tolosa la ciudad y territorio de Pamiers, erigiéndola en otro distinto obispado, y convirtió el convento y la iglesia de los canónigos reglares de san Agustín en cabildo y en catedral; pero nombró tambien por obispo á nuestro Santo, encargándole el gobierno de dos obispados con dos títulos diferentes.

El ardor y el teson con que emprendió la conversion de los judíos y de los herejes que inficionaban toda la provincia, produjo admirables efectos. Convirtió á muchos con sus sermones y con sus ejemplos. Pero no podia permanecer mucho en la tierra un fruto que estaba tan maduro para el cielo. Viéndose precisado á hacer un viaje á la Provenza por negocios de pura caridad, cayó enfermó en el castillo de Brignoles. Tenia determinado pasar á Roma para renunciar todas sus dignidades, con resolucion de vivir el resto de sus dias en el retiro de una celda, cuando el Señor le dió á entender que le queria premiar sus méritos y sus fatigas. Dispúsose para morir, redoblando su fervor. El dia de la Asuncion hizo que le administrasen el santo Viático, que recibió de rodillas, y deshaciéndose en dulces lágrimas. Lo restante de su enfermedad fué una continua oracion. Rezaba incesantemente la salucion angélica; y preguntándole uno por qué repetia tantas veces el *Ave Maria*; respondió, que en aquel trance, despues de Jesucristo, ponía toda su confianza en la santísima Virgen. Al acabar de pronunciar estas palabras, entregó tranquilamente su espíritu en manos de su Criador el dia 19 de agosto de 1299, al segundo año de obispo, y á los veinte y cinco de su edad. En el mismo punto vió cierto santo religioso que su bienaventurada alma subia al cielo, acompañada de muchos santos obispos, que iban diciendo: *Así serán*



tratados todos los que sirvieron á Dios con inocencia y pureza. Fué llevado su cuerpo con grande solemnidad al convento de S. Francisco de Marsella, donde el mismo Santo se habia mandado enterrar, y por eso le llamaron muchos *S. Luis el de Marsella*. La multitud y la fama de los milagros con que quiso Dios honrar su sepultura, y manifestar la gloria de su siervo, movieron al papa Juan XXII, sucesor de Bonifacio VIII, á canonizarle, precediendo las informaciones acostumbradas. Publicó la bula el dia 7 de abril del año 1317 en la ciudad de Aviñon, y dos dias despues dirigió un breve á la reina de Sicilia, su madre, que todavia vivia. El dia 11 de noviembre del mismo año fué elevado el santo cuerpo del coro de los religiosos franciscos de Marsella, y espuesto á la pública veneracion en el altar mayor, colocado en una urna de plata; y se hallaron presentes á esta ceremonia muchos cardenales y prelados; Roberto, rey de Sicilia, hermano de S. Luis; la reina de Sicilia, su madre; la reina de Francia y toda la grandeza de ambas cortes. El año de 1423, Alfonso, llamado el Magnánimo, rey de Aragon y de Nápoles, se apoderó de la ciudad de Marsella, saqueóla, y embarcando este sagrado tesoro en su misma galera, le llevó á la ciudad de Valencia en España, donde se conserva con el mayor cuidado, y es honrado de los pueblos con suma veneracion.

#### SAN MAGIN, MÁRTIR.

**D**E S. Magin, uno de los ilustres mártires de Jesucristo, no nos consta cosa cierta de su patria, de sus padres, ni de su primera educacion, porque la injuria del tiempo privó á la posteridad los monumentos justificativos de estas noticias; con todo la grande reputacion que ya tenia á fines del siglo III y principios del IV, es un testimonio auténtico de la santidad en que pasó los primeros años de su vida. Sabemos solamente que teniendo el cetro del romano imperio Maximiano, vinieron á un mismo tiempo tres ermitaños hermanos y siervos de Jesucristo á las montañas de Brufagaña, que están en el principado de Cataluña. Uno de estos fué el bienaventurado S. Magin, el cual se quedó en una cueva situada en el territorio de la parroquia de Rocamora, donde vivió muchos años entregado á la penitencia, á la oracion, y á la contemplacion de las grandezas divinas; pero no satisfecho su fervoroso zelo con los ejercicios eremiticos, predicaba la fe á los gentiles que vivian en las inmediaciones, desengañándoles con la luz del Evangelio de los crasos errores de la

idolatria; y como confirmaba su celestial doctrina con estupendos prodigios, no pudiendo resistirse los paganos al conocimiento de la verdad, se convirtieron muchos á Jesucristo.

Supo el gobernador de la provincia de Tarragona (cuyo nombre no nos dicen los escritores) los procedimientos de Magin diametralmente contrarios á las leyes de los emperadores romanos, dirigidos á extinguir si pudiesen el nombre y la religion de Jesucristo, y queriendo castigarlos, hizole buscar con gran diligencia, y habiéndole hallado y atado con cadenas, mandó que fuese llevado á Tarragona y presentado delante de él. Luego que le tuvo en su presencia, comenzó á reprenderlo severamente, diciéndole: *¿Eres tú el sacrilego que predicas á Jesus Nazareno, y menosprecias á los principes del mundo? deja de pervertir á las gentes, y sacrifica á nuestros dioses, pues de lo contrario padecerás esquisitos tormentos.* No acabardó á Magin la conminacion del tirano, antes bien revestido con aquel valor y con aquella fortaleza que son propios de los héroes del cristianismo, le hizo ver que la religion que predicaba era la verdadera, por la que desengañaba á los gentiles sumergidos en las miserables sombras de la muerte, tributando culto y ofreciendo horrendos sacrificios á los demonios bajo el velo de quiméricas deidades; y ofendido el gobernador de una respuesta tan generosa, mandó ponerlo en la cárcel cargado de prisiones y que fuese atormentado con hambre, mientras tomaba providencias para castigar mas severamente la desobediencia de Magin.

En este estado quiso Dios acreditar la virtud de su fidelísimo siervo, y para demostrarlo, dispuso que se apoderase el demonio de la hija del gobernador, atormentándola furiosamente. Apeló éste á los sacerdotes idólatras para que hiciesen oraciones y sacrificios á los dioses, á fin de que libertasen á su amada hija de la tiranía del espíritu maligno; pero confesó éste que no dejaría de atormentarla, si no le espelia Magin, que se hallaba en la cárcel. Vióse el tirano en la indispensable precision de rogar al Santo que se condoliese de su hija; y olvidándose éste de las injurias que padecía, lanzó al demonio en el nombre de Jesucristo, para que el gobernador viese el soberano poder de aquel Señor que aborrecia.

Parecia regular que á vista de este prodigio cesase el gobernador de molestar á Magin, agradecido del beneficio que acababa de recibir; pero preponderando en su obstinado corazon el cumplimiento de los injustos decretos de sus principales al conocimiento de la verdad, y no obstante los ruegos de su hija, mandó ponerle en una cárcel mas penosa que la primera, y moles-



tarle con cadenas, grillos, hambre, frio, y amenazándole de ponerle en cuestion de tormentos en caso de resistirse á idolatrar. Entró el Santo en la cárcel lleno de gozo, porque se acercaba el tiempo de ofrecer á Dios su vida en sacrificio; pero repitiendo el Señor el mismo prodigio que obró en otro tiempo con el Principe de los Apóstoles, libró á su siervo de las prisiones con que le amarraron, y abiertas las puertas de la cárcel, se volvió á su amada cueva sin que nadie lo impidiese. Supo el gobernador la ausencia de Magin, y como sus deseos no eran otros que vengar la inobediencia á las leyes de los príncipes del mundo, despachó inmediatamente á sus ministros con orden de darle muerte donde quiera que lo encontrasen. Partieron estos en su busca llenos de furor, y hallándolo en fervorosa oracion en su cueva, acometiéndole como perros rabiosos, le dieron terribles golpes, y lo arrastraron por las piedras y por las zarzas de aquel desierto, hasta dejarlo casi sin vida. Estaban los perseguidores muy fatigados de los trabajos; y teniendo sed, como si sus obras hubiesen sido meritorias para con el Santo, le pidieron, que puesto hacia tantos portentos, les socorriese con el beneficio del agua que necesitaban, que ellos le dejarían luego ir libremente donde quisiese. Portóse Magin como verdadero discípulo de Jesucristo, y olvidándose de las injurias de sus enemigos, tocó con su báculo en la tierra, é hizo que brotase una fuente cristalina, que permanece hasta hoy. Bebieron de ella los ministros, y se durmieron. Deseando el Santo la palma del martirio, volvió á su cueva á rogar al Señor que se dignase aceptar el sacrificio de su vida. Aun no había acabado su oracion, cuando aquellos ministros de Satanás, olvidados del beneficio recibido, fueron á la cueva, y echando mano del Santo, le llevaron arrastrando hasta el lugar donde hoy está la capilla del Santo, y allí le degollaron en el día 26 de agosto á principios del siglo iv, siguiendo la computacion mas arreglada. Segun el testimonio de los vecinos y moradores de la tierra, en los lugares donde cayeron las gotas de sangre, que salió del cuerpo del mártir, nacieron rosales cuyas rosas tenían en sus hojas una ó dos manchas de color de sangre. Pero ó por negligencia de los moradores, ó porque el ganado se las come, ó lo mas cierto, por los pecados de los cristianos; ha faltado ya esta maravilla, como leemos de otras muchas que han faltado por la misma causa de otros Santos. S. Jerónimo da testimonio en su calendario de este ínclito mártir, haciendo allí mencion de él. Tambien lo da la canonizacion del mismo Santo. La cual un secretario de Alejandro VI, llamado Sagarra, la halló escrita en el catálogo de los Santos, en los

términos siguientes: *Magini martyris in Hispania in montib. Brufaganie pro Christi passi*; cuya traduccion puede leerse: Canonizacion de S. Magin mártir, el cual fué muerto en España en las montañas de Brufagaña por amor de Jesucristo. Esta escritura la envió el citado secretario á la villa de Sta. Coloma de Queralt, de donde él era natural. Dieron sepultura los fieles al venerable cadáver del ilustre mártir, con la cautela que permitia aquella desgraciada época, en el mismo lugar que fué decapitado, sobre el cual luego que cesó el furor de la persecucion, erigieron en honor suyo un oratorio ó capilla, que, como se ha dicho, está en el territorio de la parroquia de Rocamora del arzobispado de Tarragona, en la que existe su cuerpo bajo del altar mayor.

No se ha servido Dios, que veamos sus reliquias, pues un pavorde de Tarragona visitando su iglesia y deseando que su santo cuerpo fuese debidamente venerado, dispuso que fuese buscado con diligencia. Empezóse la escavacion, y llegando á la piedra donde está sepultado su sagrado cuerpo, quedaron luego las manos de los trabajadores paralíticas é inútiles. Espantáronse todos los circunstantes, y todos juntos rogaron devotamente á nuestro Señor, que por los méritos del glorioso mártir, volviese á aquellos la salud. Y fué de tal eficacia esta oracion que instantáneamente la cobraron, y luego volvieron la tierra movida á su lugar, pero quedando un olor maravilloso.

Innumerables son los milagros que el Señor se ha dignado obrar por la intercesion de su fidelísimo siervo, así en la espresada capilla como en la gloriosa cueva que fué el teatro de su portentosa vida, dando vista á los ciegos, el oido á los sordos y curando de calenturas, pestilencia y otras enfermedades, que fuera prolijo referir aun limitándonos á los muy principales. Pero no se puede dejar de referir el milagro que hizo en su martirio, el cual fué que despues de haberlo degollado, quisieron los gentiles beber otra vez de la fuente milagrosa, y el agua perdió su sabor y fué convertida en amargura, y hecha inútil para cocinar, aunque por los méritos del Santo el Señor le dió despues virtud para curar de diversas y varias enfermedades, conforme lo han experimentado frecuentemente los devotos.

En la dicha capilla del Santo, se edificó un famoso monasterio del orden de PP. Predicadores, al cual acuden en romeria todos los pueblos vecinos tal dia como hoy. Ignoramos la suerte que á dicho santuario le habrá cabido á consecuencia de las vicisitudes políticas de los últimos años.